

El Gólem

Los monstruos... no son sino un estado de la mente

—E. O. Wilson (1995)

Con toda probabilidad no tenía más de treinta años.

Con los humanos resultaba difícil calcular. A juicio de Arkady, eran todos mayores y envejecían deprisa en las bases administrativas, donde la gente se pasaba meses, e incluso años, tratando de llegar de un planeta a otro.

Aquella humana en particular parecía haber llevado una vida más dura que los demás. Tras décadas de luz solar sin filtros tenía la piel arruinada y el rostro repleto de arrugas a causa del viento y las preocupaciones. A pesar de ello, Arkady calculó que como mucho tendría solo algún que otro año subjetivo más que él, que contaba ya veintisiete.

—Haz como si fueras a ligar conmigo —le dijo ella con un tono de voz bajo y ronco que habría sonado sensual de no haber estado abrumada por un miedo creciente.

Hablaba el español estándar de la ONU, pero sus vocales átonas y sus consonantes guturales evidenciaban que su lengua natal era el hebreo.

Llamó al camarero y pidió dos copas de una bebida cuyo nombre Arkady no había oído jamás. Al tirarle del brazo para acercarlo y hablarle más bajo, Arkady vio que tenía los bordes de las cutículas irregulares y estropeados y que se mordía las uñas hasta la carne.

Arkady se inclinó sobre ella, olió el hedor penetrante de los hongos de su planeta natal y recitó las palabras que le había enseñado Korchow, allá en Gilead. Ella le contestó con las respuestas que, según Korchow, cabía esperar. Las extraía del disco duro; cada vez que accedía a la memoria RAM implantada viralmente se le dilataban las pupilas y le brillaba la zona que rodeaba sus pálidos iris. Intentó no quedársela mirando, pero no lo consiguió.

Este es tu primer monstruo, se dijo Arkady a sí mismo. Acostúmbrate.

Examinó el rostro de aquella mujer y se preguntó si sería lo que el resto de su especie llamaba normal. No parecía muy probable. Vista a través de unos ojos acostumbrados a vivir en una guardería, sus rasgos resultaban tan discordantes unos con otros como si alguien los hubiera elegido al azar de entre una docena de líneas genéticas completamente distintas. La nariz rapaz sobresalía por encima de una barbilla incongruentemente delicada. La frente grande e inteligente era demasiado plana y refunfuñona como para pasar el examen de un diseñador de genética competente. Incluso a la tenue luz estroboscópica era obvio que aquellos ojos no casaban el uno con el otro. El derecho permaneció fijo sobre Arkady con una expresión dura como el acero azul mientras el izquierdo vagaba libremente por el espacio detrás de él. Arkady tuvo que resistir el impulso de darse la vuelta para ver con quién hablaba en realidad.

—¿Por qué has venido? —le preguntó la mujer en cuanto se convenció de que él era quien decía.

—Tú sabes por qué.

—Me refiero a la verdadera razón.

«Tienes que pedirles dinero», le había dicho Korchow durante las sesiones interminables de instrucción. Podía ver el rostro de Korchow en su imaginación: el rostro de un espía, de un diplomático, el manifiesto del credo del sindicato Knowles, encarnado. «No puedes ni imaginarte lo que significa el dinero para los hombres, Arkady. Es el modo en el que se recompensan los unos a los otros, el modo en el que ejercen el control. Jamás les parecerás una persona real si no les pides dinero.»

—Por dinero —le contestó a Osnat, tratando de no parecer el típico explorador que intercambia cuentas de collares con los nativos.

—¿Y confías en que te lo vamos a entregar?

—Tú sabes en quién confío —contestó Arkady, siguiendo el guión de Korchow al pie de la letra—. Sabes a quién tengo que ver.

—Al menos eres sensato y no pronuncias su nombre —comentó ella al tiempo que desviaba la vista hacia el puñado de conductos de ventilación y circuitos de la corriente de espines, a oscuras por encima de sus cabezas, indicando con ello que estaban bajo vigilancia.

—¿Aquí? —preguntó Arkady, incrédulo.

—En todas partes. Las IA pueden intervenir cualquier espín en cualquier momento y lugar. Este es el espacio de la ONU. Acostúmbrate.

Arkady se quedó observando a los bebedores de aspecto sombrío y cansino del bar y se preguntó qué podrían estar haciendo o diciendo que mereciera la atención de los semisensibles de la ONU. Ninguno de ellos era el prototipo de humano que a él le habían enseñado a reconocer. ¿Dónde estaban los peces gordos, los explotadores, los individualistas en estado de bancarrota espiritual que aparecían en los libros de texto de sociobiología? ¿Dónde los comerciantes de genes? ¿Dónde los tratantes de esclavos y dónde los constructos genéticos, brutalmente oprimidos? Por allí no había más que comilones inapetentes de algas descremadas y mineros de coltan; posthumanos cuya herencia genética era en extremo incierta y de los cuales nadie habría podido adivinar si eran humanos, constructos o alguna otra cuasi especie intermedia desconocida. Gente que sobrevivía a base de arañar las piedras y la tierra, gente con la suciedad del planeta metida en las uñas. Escoria.

Seguramente Arkasha habría dicho que eran bellos. Habría hablado con pasión acerca de la literatura anterior a la Evacuación, de la corriente lenta pero inapelable de la evolución, del río tremendo y caótico de genes que era la posthumanidad. Pero Arkady solo veía pobreza, enfermedad y mucho peligro.

El camarero dejó los vasos sobre la barra con tal vigor que derramó parte del contenido de olor amargo. La mujer tomó el vaso y tragó como si estuviera sedienta. Arkady se quedó mirando el otro vaso. Podía oler el líquido desde donde estaba, y olía mal. Como a levadura, a piel vieja y a filtros de aire sobrecargados: a todos los olores que empezaba a reconocer como típicamente humanos.

—Bien —sentenció la mujer como si se tratara de una frase completa—. ¿Quién te envía en realidad?

—He venido por mi cuenta. Creí que lo entendías.

—Lo que nosotros entendemos es que eso es lo que tú... deseas... que entendamos —dijo ella. Aquella mujer tenía la costumbre de enfatizar en exceso ciertas palabras que no venían a cuento, contradiciendo de ese modo el significado aparente de la frase hasta el punto de que Arkady no podía dejar de preguntarse si las cosas en su mundo significarían lo que significaban supuestamente para todos los demás—. No sería la primera vez que un profesional nos dice exactamente lo que queremos oír, haciéndose pasar por un aficionado.

Arkady jugueteó con el vaso, tratando de ganar tiempo. «No des explicaciones, no te disculpes», lo había aleccionado Korchow. Justo unos instantes antes le había explicado qué le ocurriría a Arkasha si él fallaba.

—Soy mirmecólogo —dijo él.

—Vale, ¿y qué coño es eso?

—El estudio de las hormigas. Para la terraformación.

—¡Gilipolleces! La terraformación es peligrosa. Y tú eres un serie A. Apesta a serie A. Jamás arriesgas a una persona verdaderamente valiosa.

—Era mi parte —respondió él, reflexivo.

Solo después se acordó de que esa palabra no significaba nada para los humanos.

—¿Quieres decir que te presentaste voluntario?

—Lo siento pero ¿qué es presentarse voluntario? —preguntó Arkady con verdadera confusión.

El ojo derecho de la mujer se entrecerró y arrugó, pero el izquierdo siguió tranquilamente fijo a una distancia intermedia. Tenía una cicatriz antigua en la ceja del ojo vago y, por primera vez, a Arkady se le ocurrió que quizá no fuera en absoluto un defecto de nacimiento, sino el fruto de la instalación casera de un artefacto húmedo que por alguna razón no había salido bien. ¿Y si ella no estaba accediendo a la memoria RAM interna sino al mundo virtual de la corriente del espacio por radio y a distancia? ¿Qué era lo que veía? ¿Y quién pagaba esas cuotas de conexión?

Un movimiento distante captó la atención de Arkady, que se giró y descubrió a un bebedor solitario que lo miraba con insistencia desde el extremo opuesto de la barra, repleta de manchas de grasa. Observó cómo se fijaba en su piel de estación no alineada, en sus rasgos en exceso simétricos y en el rebosante esplendor de su salud perfecta, fruto de generaciones de ingeniería sociogenética. Se miraron fijamente el uno al otro a los ojos, y entonces Arkady captó un detalle que al principio se le había escapado: llevaba el solideo verde y polvoriento típico de un interpredicador en lo alto de la coronilla.

Se suponía que se podía adivinar la religión concreta que profesaba un interpredicador solo por los símbolos que portaba. La estrella de David pertenecía a los judíos; los suníes y los chiíes tenían cada uno un símbolo que Arkady no recordaba; también había montones de signos enigmáticos distintos para cada una de las sectas cismáticas del cristianismo. Arkady le lanzó una mirada furtiva al interpredica-

dor, pero el único signo que captó fue un colgante de plata que representaba una especie de pez abstracto.

De todo el espacio de la ONU, lo que más miedo le daba eran los interpredicadores. Habían sido ellos quienes habían asesinado a un grupo entero de trabajadores contratados allí precisamente, en la estación de Maris. Habían mutilado sus cuerpos de un modo tan brutal que lo único que la ONU había podido devolver a sus sindicatos de origen era una disculpa diplomática. Todo el espacio de la ONU había llegado a un acuerdo de paz con los sindicatos, si es que a una guerra fría a punto de estallar se la podía llamar paz. Todos excepto los interpredicadores. Y cuando se les preguntaba por qué, no contestaban sino con palabras como «abominación», «yihad» o «cruzada», palabras que supuestamente habían dejado de existir en las lenguas civilizadas.

Arkady desvió la vista hacia el espejo instalado detrás de la barra para asegurarse de que encajaba en aquel ambiente y estaba a salvo. Pero lo que vio no le inspiró la menor confianza. El equipo de Korchow le había roto la nariz y un pómulo; una precaución que en Gilead le había parecido excesiva y bárbara. Pero para lograr el aspecto alineado y demacrado de un nativo hacían falta muchos años de servidumbre en un pozo de gravedad. Amoldar el rostro típico de guardería de Arkady, franco y abierto, para extraer de él la máscara agresiva que lucían en público la mayoría de los humanos le habría llevado toda una vida: la vida de otra persona.

Volvió a lanzarle otra mirada furtiva al interpredicador. Seguía observándolo. Lo miró fijamente a los ojos. El interpredicador giró la cara y escupió en el suelo sin apartar la vista de Arkady.

—¡Vuelve al polvo, criatura de los magos! —musitó la mujer.

—¿Qué? —preguntó Arkady, a pesar de saber en cierto modo que esas palabras eran una respuesta a la actitud del interpredicador.

—Son palabras del Talmud —le informó la mujer, que de nuevo hizo ese gesto hacia su interior como si estuviera extrayendo algo de la memoria RAM o como si se deslizara por la corriente del espacio—. «Rabá creó un hombre y se lo envió al rabí Zera. El rabí Zera le habló, pero no recibió respuesta. Así que le dijo: “Tú eres una criatura de los magos, ¡vuelve al polvo!”.» Y así fue como murió el primer gólem.

—¿Qué es un gólem? —siguió preguntando Arkady.

—Un hombre sin alma —contestó ella con una carcajada tan amarga como ella misma—. Tú.

Arkady exhaló un suspiro trémulo que acabó en un ataque de tos. Tenía fiebre; su sistema inmunológico trabajaba a toda máquina en respuesta a la agresión que suponía estar encerrado en un ambiente hermético con miles de patógenos humanos desconocidos. Esperaba que se tratara solo de alergia. No podía permitirse el lujo de ponerse enfermo en ese momento. Y no quería ni pensar en lo que le harían los médicos humanos de la ONU a su sistema inmunológico, decididamente posthumano.

Alzó el vaso y bebió unos sorbos despacio. Cerveza. No era tan mala como había juzgado por el olor. No obstante, la capa de agua fría producto de la con-

densación que se había formado alrededor del vaso le daba mala espina. Era un signo inequívoco de que la energía escaseaba en esa estación y de que había un exceso de población, de modo que los sistemas de apoyo vital permanecían al límite de la línea roja. En el sindicato jamás habrían permitido que el aire estuviera en tan malas condiciones en una estación, habrían cancelado las operaciones no esenciales y habrían trasladado las guarderías a las estaciones más cercanas solo como medida de precaución. Pero allí la gente seguía como si nada. Además, de camino al bar Arkady había pasado por delante de un grupo de niños jugando en un lugar en exceso alejado del refugio contra apagones y sin monitor. Uno se pasaba la vida oyendo hablar de lo descuidada que era la vida en el espacio humano, pero no terminaba de creérselo hasta que no veía cosas como esa...

Te equivocabas, Arkasha. Son otra especie. Nos separa la historia, la ideología y hasta los mismos genes que tenemos en común. No compartimos sino el recuerdo de lo que fue la Tierra antes de que acabar con ella.

Se llamaba Osnat.

¿Era un nombre hebreo? ¿Alemán? ¿Etiope?

Arkasha habría sabido qué lengua medio muerta había dado origen a tal nombre. Era exactamente el tipo de cosas que Arkasha siempre sabía. El tipo de cosas que Arkady jamás se había molestado en aprender, convencido de que siempre contaría con Arkasha o con alguien como él para decírselo.

Osnat lo guió por una serie de pasajes de la estación con un paso tan seguro como si hubiera nacido allí. Cuando por fin se agachó para entrar por el callejón sombrío de un muelle privado, el movimiento pilló a Arkady tan desprevenido que tuvo que parar y echar marcha atrás para seguirla.

La cámara de la puerta estaba rota o desconectada. La puerta tenía una portilla arañada por la que se veía una cuerda viruflexible pobremente iluminada, serpenteando hacia el vacío. Atada al cabo más alejado de la cuerda flotaba una nave cisterna de agua impulsada por propulsores Bussard, con el casco obsoleto y lleno de impactos. Parecía como si la hubieran recortado con unas tijeras y la hubieran pegado contra un cielo negro de papel.

Osnat colocó la palma de la mano en el escáner. Las luces de posición volvieron a la vida y la puerta comenzó con la purga y el ciclo de desinfección.

—Nadie me dijo nada de subir a una nave —protestó Arkady a pesar de ser tarde para echarse atrás o exigir una respuesta.

—Así que tus patrones no te tienen bien informado. ¿Pues qué quieres que te diga?

Arkady no respondió. En parte porque ella tenía razón... y en parte porque estaba ocupado devanándose los sesos, tratando de recordar qué significaba la palabra patrón entre sus recuerdos borrosos de historia de antes de la Ruptura.

Por fin terminaron la purga y el ciclo de desinfección. La persiana de la cámara de descompresión se alzó de abajo arriba y una brisa amarga que olía a espacio,

a hielo y a virufactura los azotó. Arkady echó un vistazo hacia el túnel largo por el que se prolongaba la cuerda, pero solo pudo atisbar las paredes blancas curvas que se adentraban en la oscuridad.

Osnat le puso una mano en la región lumbar y lo empujó hacia la zona deslumbrante en la que se iniciaba el ciclo de esparcido del espray antimicrobios. Arkady todavía seguía parpadeando y tratando de expulsar el líquido picante de los ojos cuando ella alcanzó la cuerda y se aproximó a él con la soltura de un astronauta experto del espacio. Tuvo que observarla con curiosidad durante un buen rato para caer en la cuenta de que llevaba un arma en la mano.

—Eres un espía desastroso, precioso.

—No soy un...

—Sí, ya. Hormigas. Ya me lo has dicho. Pues alégrate porque adonde vamos hay muchas hormigas.

—¿Y adónde vamos?

—Tranquilo. Te han enseñado a usar el equipo NBQ, ¿verdad?

Según le había dicho Korchow, se suponía que el traje nuclear-biológico-químico era simplemente para las alergias, idea que le había inspirado mucha confianza hasta el momento de ponerse a pensar realmente en ella. Arkady extrajo la unidad del equipo y trató de activarla. Manoseó con dedos torpes los botones desconocidos. Osnat trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro con impaciencia, lo maldijo con un murmullo y por fin le quitó el equipo.

Por un segundo se le ocurrió la idea de luchar con ella, de aprovechar ese momento en el que tenía las manos ocupadas. Imaginó que la desarmaba y que volvía a la seguridad relativa de la estación a través de la cámara de descompresión. Pero un simple vistazo al corpachón y a las manos corpulentas bastó para desanimarlo.

Ella le colocó la máscara en la cara y le demostró cómo funcionaban los filtros con gestos rápidos de los dedos desaliñados.

—Este conducto se conecta a un tanque de aire auxiliar, por si acaso hace falta. Hay que enganchar el tanque por aquí y por aquí. ¿Te has traído filtros de sobra?

—Sí —respondió él tras comprobarlo.

—Te van a hacer falta. No estás diseñado para sobrevivir en el lugar al que vamos.

—¿Y tú sí?

Ella lo miró sin dejar de bizquear, con los labios apretados en una línea roja de sangre. Por alguna razón la pregunta la sorprendía. En cambio a él le sonaba tan natural como preguntar por el tiempo.

Ella se encogió de hombros y respondió sin mucha precisión:

—Supongo que se podría decir así. Gracias a unos cuantos millones de años de ingeniería de la mejor calidad, de esa que ni el dinero puede comprar. ¿Te pusiste las inyecciones que te dijimos?

Se había puesto docenas de inyecciones: para empezar la desagradable colección de inyecciones antialérgicas, pasando por las inyecciones contra la fauna intestinal, y para terminar las del cólera, la tuberculosis, la polio, la fiebre amarilla y la gripe aviar. Arkady se había pasado horas en su habitación blanca, completamente vacía, de la estación orbital de Gilead, tratando de deducir adónde lo mandaban

por la batería de inyecciones que le había puesto Korchow. A efectos prácticos, la habitación era una prisión a pesar de que no tenía cerradura y de que a él jamás se le habría ocurrido llamarla así delante de Arkasha. Lo cierto era que ninguna autoridad de inmigración de ningún lugar del espacio de la ONU exigía tal cantidad de inyecciones. Y si de verdad existía un agujero tan infernal dentro de la vasta franja de la galaxia de los humanos, entonces sin duda lo mantenían en secreto por pura vergüenza.

—Bien —iba diciendo Osnat—. Porque allí abajo una reacción alérgica no se traduce en un simple constipado y en una nariz que no deja de gotear.

—¿Allí abajo?, ¿dónde? ¿Adónde vamos? ¡Por favor, Osnat, dímelo!

—Pero ¿es que todavía no te lo imaginas? —preguntó ella a su vez, apuntándole con el cañón del arma y esbozando por un segundo una sonrisa más breve y tenue que las nubes que cruzan el cielo de un planeta terraformado—. Vamos a cruzar el bloqueo, gólem. Vas a ir a la Tierra.

Tres hombres esperaban en el puente del carguero de alta gravedad rotacional. Dos de ellos eran solo músculo. En cambio el tercero era ya otra cosa.

Era delgado y de mirada penetrante. Las gafas de montura de alambre le conferían el aspecto de una persona culta. Por la piel aceitunada y la barba espesa se diría que era originario de cualquiera de los varios enclaves étnicos nacionales localizados a lo largo del Arco Mediterráneo del Anillo orbital de la Tierra. Pero los pantalones cortos del ejército de excelente calidad, la camiseta arrugada y las sandalias de suela gorda con calcetines blancos de deporte eran tan típicamente israelíes, se ajustaban de tal modo a la descripción de lo que Korchow le había dicho que se iba a encontrar, que Arkady supo que solo podía estar ante Moshe Feldman.

Es decir, el capitán Feldman, como lo llamaba Korchow. Sin embargo, durante el transcurso de las sesiones de aleccionamiento, que a Korchow le gustaba llamar «conversaciones», había quedado claro que el capitán Feldman, de las Fuerzas de Defensa Israelíes, había abandonado el ejército para pasar a ser el asesor de seguridad del lucrativo grupo privado GolaniTech.

Todo había comenzado. Los israelíes lo habían atrapado igual que la hilera frontal de asalto de un ejército de hormigas capturando a un escarabajo. Y en cuanto decidieran si era comestible, se lo pasarían de trabajadora en trabajadora y de mandíbula en mandíbula por toda la columna hasta acabar en el delicado estómago de la colonia.

Pero para eso, sin embargo, él tenía que atravesar primero la barrera que constituía Moshe. Y Moshe no parecía un hombre fácil de superar.

—Bueno, vamos a ver si eres de verdad el clon que vino del frío —repuso Moshe con una cadencia deliberada que, después de horas escuchando cintas en los laboratorios de lenguaje del sindicato Knowles, Arkady había aprendido a reconocer como el distintivo típico de la élite intelectual asquenazí—. A ver. Arkady significa A-18-11-1-4. Lo cual hace de ti un serie A del sindicato Rostov, perteneciente a la línea genética undécima aprobada por el comité de dirección de tu sindicato.

Y eso quiere decir que la primera hornada de tu línea genética fue extraída del tanque para ser llevada a la guardería 1 en el año 4 del sindicato, ¿no es eso? ¿Lo he dicho bien, Arkady?

—Perfecto.

—No, Arkady —sonrió Moshe, enseñando un chicle rosa y unos dientes recotos, blancos y tan pequeños que podrían haber pertenecido a un niño—. Tú eres perfecto. Yo solo soy humano.

Arkady no supo qué contestar, así que no dijo nada.

—Bien —continuó Moshe, proyectando la misma desmesurada proporción de significado en una sola sílaba, tal y como hacía Osnat, y consiguiendo que Arkady se maravillara de cómo un sencillo patrón aprendido en una cinta podía cobrar vida en los labios de un israelí—. ¿Qué más tengo que saber?

—¿Qué tienes que saber acerca de qué? —preguntó a su vez Arkady.

Moshe cruzó los brazos sobre el pecho. Era un hombre menudito incluso para los cánones humanos, pero tenía las piernas fuertes y morenas, y con cada movimiento de las manos Arkady veía moverse los cordones de los tendones bajo la piel del antebrazo.

—Para empezar, no estaría mal asegurarnos de que eres quien dices ser —dijo Moshe, que enseñó una vez más los dientes de niño—. O lo que dices ser.

Moshe hizo un movimiento rápido con los dedos y un técnico de laboratorio se acercó a toda prisa con un microscopio de empalme y un kit de muestras. La toma de la muestra le resultó desagradable y requería que Arkady se quitara la máscara y el filtro; un riesgo acerca del cual Osnat musitó algo en voz baja en tono de protesta, pero sobre el que Moshe, echándole mucha filosofía, no hizo ni caso.

—Es real —anunció por fin el técnico en hebreo.

—¿Hasta qué punto estás seguro? —preguntó Moshe.

El hombre extendió las manos a modo de respuesta.

—¿Qué te haría falta para estar completamente seguro?

—Tendría que confirmarlo con Tel Aviv.

—Pues hazlo. Esta vez no quiero errores.

¿Esta vez?

El técnico apartó el alargador y el equipo para la toma de muestras y se retiró a una terminal de la corriente del espacio. Y entonces, para sorpresa y consternación de Arkady, se quedaron esperando.

Transmitir la muestra hasta el Anillo orbital de la Tierra habría requerido de horas haciendo cola. Y después de semanas de espera hasta que la anquilosada burocracia encargada de hacer cumplir los anexos tecnológicos del protocolo de Kyoto retransmitiera el permiso de importación. Sin embargo, Arkady observó con una inquietud creciente cómo el técnico introducía la muestra en la terminal y escribía una dirección de la corriente del espacio que comenzaba con las tres legendarias *www*.

Arkady contuvo el aliento ante lo que significaban esas simples tres letras. A pesar de encontrarse legalmente bajo los anexos tecnológicos, la Tierra estaba fuera de la corriente. Si Moshe podía hablar directamente con la Tierra, y no digamos ya teletransportar una muestra de tejido para su análisis, entonces es que tenía una

terminal Bose-Einstein portátil y una fuente segura de entrelazamiento fuera de las redes de entrelazamiento de los bancos y las estaciones BE de la ONU. Pero solo había un puñado de entidades privadas en el espacio de la ONU con los medios económicos suficientes como para poseer y mantener bancos de entrelazamiento privados, aparte de la propia red burocrática de la ONU: las grandes corporaciones multiplanetarias, las IA más adineradas y los transhumanos. Además, naturalmente, de las entidades más extravagantes e increíbles a ojos de los filósofos especializados en política del sindicato, entidades constantes en la política de la ONU y tan arcaicas, que su misma existencia les provocaba estupefacción: las naciones-estado de la Tierra.

«¡Son animales!», había exclamado Arkady en tono de queja allá en Gilead, nada más comprender que quizá tuviera que vérselas con los nacionalistas. «¡Peor que animales! ¿Qué podemos tener en común con ellos?»

«Hay un antiguo dicho árabe», le había respondido Korchow esbozando esa sonrisa insondable típica del sindicato Knowles: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». Y ni mil resoluciones idealistas de la Asamblea General podrán cambiar el hecho de que la Tierra es quien controla el grifo del agua del Anillo orbital.

Pero Moshe no tenía el aspecto de los nacionalistas que Arkady conocía por los libros de texto de sociobiología. Y desde luego no parecía que hubiera planeado cerrarle el grifo a nadie, a menos que estuviera razonablemente convencido de que iba a sacarle algún provecho a esa sed.

Arkady sintió un pinchazo desagradable detrás de los ojos y parpadeó. Luego se dio cuenta de que estaba moqueando. Se sorbió la nariz furtivamente y miró a su alrededor con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta.

—Ten, un pañuelo —le dijo Moshe.

Arkady cogió aquella cosa de mala gana y se preguntó cómo tenía que usarlo. Y entonces, para su horror y humillación, estornudó.

—Adelante. Suénate la nariz.

—¿Os importaría disculparme un momento?

—¿Por qué? Si somos salvajes, ¿o es que no te acuerdas? Aquí no te hacen falta tus modales finos de sindicato.

Entonces lo vio. Moshe le había tendido una trampa y él había caído en ella sin pensarlo un momento. Había acabado justo donde Moshe quería que acabara: más preocupado por el hecho de tener que sonarse la nariz en público que por tener que hacer el trabajo para el que Korchow lo había enviado.

Se sonó la nariz; algo que no hacía en público desde que tenía seis años o así. Y luego se quedó de pie, con el pañuelo usado en la mano, sin saber qué hacer.

Moshe sonrió.

—Está limpio —anunció el técnico desde la terminal.

Todos debían de haber estado conteniendo el aliento, comprendió entonces Arkady, porque al oír la noticia se escuchó un suspiro de alivio colectivo.

—Bien —sentenció Moshe, como si fuera el profesor que guía a la clase por un territorio en teoría difícil—. Y ahora que sabemos que eres perfecto, ¿por qué no nos dices a qué debemos el placer de tu compañía perfecta?

—Ya te lo he dicho —dijo Arkady, que aún seguía el guión que Korchow había escrito para él—. Los sindicatos...

—Sí, sí, ya sé que te sabes tu papel de memoria. Los sindicatos han desarrollado un arma genética misteriosa y planean utilizarla contra nosotros. Pero como ecofísico evolucionista y éticamente comprometido, tú no puedes soportar la idea de borrar toda la maravillosa diversidad genética de la faz de la Tierra. Así que has decidido desertar y hacer una contribución pequeña y modesta al universo, con el fin de que el mundo sea un lugar más seguro para los humanos —recitó Moshe sin dejar de mirar a Arkady inquisitivamente—. No pareces tonto. ¿De verdad te has creído que íbamos a tragarnos esa bola?

En la mente de Arkady resonó la última advertencia de Korchow: «Tu última arma, tu espada más afilada, es Absalom. Pero el filo es demasiado cortante como para desmenuarla si no estás seguro de que vas a poder retirarla sin seccionarte los dedos».

¿Estaba él seguro? No. Pero si fallaba por exceso de prudencia sería Arkasha quien pagaría el precio. Arkady inhaló aire precipitada y nerviosamente y añadió:

—Hay otra cosa más, pero solo se la diré a Absalom.

—Absalom, claro —repitió Moshe en voz baja, casi incluso hasta amable. Igual podría haber estado hablando del tiempo—. ¿Y quién te ha dicho que menciones su nombre delante de mí?

—Nadie.

—Yo no diría que Andrej Korchow es nadie.

Arkady desvió la vista rápidamente hacia el rostro de Moshe, pero lo único que vio bajo el brillo de las luces del puente fue el reflejo de los discos de cristal de sus gafas.

—Por supuesto que ha sido Korchow quien te ha dicho que menciones a Absalom —prosiguió Moshe, entonando la frase a propósito de la forma más trivial. No como una mentira. Sino como una broma entre amigos—. Korchow quiere que pensemos que Absalom ha vuelto otra vez a meterse en el juego. Quiere que nos preocupemos tanto por que Absalom nos tome por tontos que no nos preocupemos por si nos tomas por tontos tú.

—No sé de qué estás hablando.

El primer golpe tiró a Arkady al suelo y lo dejó de rodillas. Cuando trataba de levantarse, Moshe lo agarró de los pies y le soltó una ráfaga de patadas en el estómago y en los riñones con precisión quirúrgica.

Osnat se echó a reír. Pero sus carcajadas no sonaron a risa divertida, sino asustada y sorprendida. Arkady creyó incluso notar que retrocedía y reprimía un acceso de lástima tras su caparazón duro de soldado leal. ¿O solo quería creerlo?

—Levántate —le ordenó Moshe en el tono de voz aburrido de un hombre para el que la violencia es un trabajo como cualquier otro.

Arkady trató de ponerse en pie. Pero solo consiguió arrodillarse. La cabeza le daba vueltas. Tenía las manos extendidas sobre la helada cubierta.

Moshe se agachó junto a Arkady. Inclino la cabeza y la acercó tanto que su aliento le acarició la mejilla.

—No puedo permitir que me mientas, Arkady. Lo comprendes, ¿verdad?

Un silencio expectante se instaló sobre el puente. Entonces Arkady comprendió que Moshe esperaba una respuesta a esa pregunta aparentemente retórica.

—Sí —jadeó Arkady.

Solo el esfuerzo de hablar le hacía sentir como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Cuántos Arkadys sacan de los tanques al año? —siguió preguntando Moshe—. ¿Cincuenta? ¿Quinientos? ¿Cinco mil?

Probablemente el número real se aproximaba a la suposición más alta, pero Arkady jamás había preguntado por las cifras reales. Ni siquiera se le había ocurrido. Y por primera vez en su vida se planteó por qué.

—No lo sé —contestó Arkady al fin—. Muchos, supongo.

—Muchos, supones —repitió Moshe en un tono escalofriante—. No eres más que una parte de un equipo, Arkady, igual que una sección cualquiera de una tubería del alcantarillado, fabricada a escala masiva. Y si no conseguimos lo que queremos de ti, te tiraremos y pediremos que te sustituyan, como hace siempre tu sindicato. ¿O quieres hacerme creer que me equivoco y que no eres carne de cañón desde el mismo segundo en que te embarcaron hacia aquí?

Osnat se movió inquieta.

—¡Joder, Moshe, vale ya! ¿Es que no ves que no sabe nada de nada?

—Eso es lo que te ha dicho, ¿no? ¿Y tú te lo has creído? ¿O es que lo has mirado a esos ojillos de perrito asustado y has decidido confiar en él?

Osnat se ruborizó hasta la raíz del pelo. Arkady notó que los demás se quedaban helados. ¿Qué había hecho Moshe para asustar tanto a la gente? Puede que un hombre como él no necesitara hacer nada en concreto para producir terror.

Entonces Moshe volvió a hablar en hebreo, en voz baja pero claramente enfadada. Arkady trató de comprender lo que decía, pero hablaba demasiado deprisa y usaba palabras poco frecuentes para él. Lo que sí que estaba claro era que se trataba de una reprimenda. Osnat soportó el chaparrón con el estoicismo inmutable de un soldado en formación en la plaza de armas.

¿Era un soldado? ¿Acaso se había enredado tan profundamente en la red enmarañada de la Inteligencia israelí que se las estaba viendo con agentes del gobierno, en lugar de hacerlo con simples efectivos contratados por alguna corporación? Y si era así, ¿qué cabo suelto de la red se había echado a temblar en respuesta a la oferta de desertión cuidadosamente coreografiada por Arkady? ¿Y hasta qué punto el éxito de su misión y su propia libertad dependían de que interpretara correctamente la situación en la que se encontraba?

¿Y si son del Mossad?

La pregunta se desentrañó en su mente al tiempo que recordaba una antigua retransmisión de espines de bombardeos y asesinatos. Apartó las imágenes de guerra a un lado. No todos los agentes del Mossad tenían que ser asesinos malévolos, se dijo a sí mismo, del mismo modo que no todos sus enemigos, los palestinos, tenían que ser los posthumanos pacifistas simpatizantes del sindicato que proclamaban los encargados de la propaganda. Daba igual qué fueran en realidad, siempre y cuando Korchow estuviera satisfecho con su trabajo.

Moshe se giró hacia Arkady. Su voz sonó de nuevo académica y fría.

—Escucha, Arkady. No tengo nada personal contra ti. No soy ningún niño al que le guste arrancar las alas a las moscas a la hora del recreo. Es solo que el camino que lleva hasta Absalom pasa primero por mí. Y si me das motivos para enfadarme, si me mientes, basta incluso con que tiembles en una dirección que me ponga nervioso, te mataré. La policía ni parpadeará. Mis superiores no van a molestarse siquiera en reprenderme. Por lo que a ellos respecta, será como si hubiera matado a un perro. Menos que a un perro, porque cuando se trata de un perro siempre hay algún estúpido dispuesto a llamar a la sociedad protectora de animales. Y créeme, Arkady, no hay ninguna sociedad protectora de gólems.

Se miraron el uno al otro. Arkady sudaba y jadeaba. Moshe seguía con la misma calma que exhibía antes del estallido surrealista de violencia.

—¿Te acuerdas de la última pregunta que te he hecho?

—Me has preguntado si Korchow me dijo que mencionara a Absalom.

—Bien.

—Pero yo...

—No me contestes ahora. Nos vamos mañana por la mañana. No volveré a verte hasta que hayamos atravesado la barrera. Y quiero que durante el viaje pienses en la diferencia entre lo que Korchow puede hacer por ti una vez en la Tierra, y lo que puedo hacer yo.

El carguero era de la etapa que Arkady llamaba el período blanco del diseño de la tecnología del salto de la ONU.

Durante uno de esos fenómenos modernos inexplicables que había durado diez o doce años, el viruflex blanco se había puesto de moda simultáneamente en todas las colonias remotas de la ONU, que eran por lo general las que vendían sus naves obsoletas al sindicato. Todo lo que podía fabricarse con viruflex se fabricaba con viruflex, y toda pieza de viruflex que podía fabricarse en blanco se fabricaba en blanco. Chapa blanca para los suelos de las cubiertas. Paredes blancas. Rejillas blancas de ventilación, agua blanca, electricidad blanca y conductos blancos para la corriente de espines. Y asomando por encima de ellos entre las sombras descoloridas, paneles blancos en el techo con luces blancas reflectantes empotradas.

Osnat lo guió por la nave y, mientras recorrían los pasillos, Arkady se acordó con una punzada de dolor de que durante su primera conversación seria con Arkasha él había usado precisamente ese ejemplo tan tonto de emergencia para explicarle el funcionamiento de las colonias de hormigas. Arkasha no había prestado ninguna atención a la metáfora. Y en ese instante, frente a todo ese blanco despiadado, Arkady comprendió por qué.

La nave parecía una sala de eutanasia.

Era como un hospital dedicado a la eutanasia pero vacío, un hospital cuyos pacientes se hubieran encerrado en sus habitaciones para tomarse la dosis fatal. Arkady imaginó las celdas blancas y frías tras todas aquellas puertas blancas y

frías; las camas blancas, cada una con un cuerpo blanco frío y con los miembros y el rostro terriblemente deformes. O peor aun, cuerpos cuya perfección física sugería deformidades todavía más terribles de la mente y del espíritu.

Osnat se detuvo, le tiró de la mano para atravesar una puerta presurizada, como si se tratara de un adulto que guiara a un niño, y lo hizo entrar en una habitación vacía que por suerte era normal. Había una silla de viruflex llena de rasguños junto a una cama bien hecha con las esquinas perfectamente dobladas al estilo militar. La manta de arriba era de lana, algo que Arkady no había visto sino en los espines de historia. Su olor invadía toda la habitación: era como un sutil olor animal, por fin seco pero a pesar de todo grasiento.

—El baño —señaló Osnat—. Agua para lavarse. Agua para beber. Mézclalas y lo lamentarás. Basura reciclable. Basura biopeligrosa. Y eso de biopeligrosa incluye cualquier cosa que toque tu cuerpo hasta que estés purificado de tu flora del lado del sindicato. Si necesitas cualquier cosa, aprieta el botón de llamar que hay junto a la puerta. Pero solo si realmente necesitas algo. Moshe no es un hombre de mucha paciencia —continuó Osnat, cuyos ojos se desviaron hacia un rincón de aquel espacio diminuto. Luego frunció el ceño y añadió—: A propósito, lamento que haya hormigas. Te traeré spray anticucarachas, si es que encuentro alguno.

Arkady siguió la dirección de su mirada y vio el destello de un riachuelo de caparazones de color ámbar que al principio, por error, había confundido con una grieta en el laminado de viruflex del suelo.

—Hormigas faraonas —declaró Arkady, intrigado ante el descubrimiento inesperado—. ¿Está la nave infestada?

—Si solo fuera la nave... Están conquistando todo el universo.

—Siempre fue suyo —la corrigió Arkady sin pensárselo dos veces en cuanto se encontró en terreno conocido—. La biomasa vertebrada era ya insignificante comparada con la de las hormigas incluso antes del colapso ecológico de la Tierra. Y en cuanto a los ciclos biogeofísicos...

Al notar que Osnat se le había quedado mirando, Arkady se calló.

—Esta no será una de esas misiones suicidas del sindicato, ¿verdad? —preguntó Osnat bruscamente—. Una de esas... ¿cómo las llamáis..., una donación de la propiedad biológica?

—Exacto. Quiero decir que sí, que las llamamos así. Pero no, no creo que se trate de una de ellas.

—¿No lo crees? ¿Quieres decir que ellos pueden ordenarte que mueras sin decírtelo con antelación siquiera?

¿Quiénes eran esos «ellos» de los que hablaba Osnat? ¿Y sería posible que los humanos siguieran «ordenándose» morir los unos a los otros igual que ordenaban o pedían un plato a un camarero en un restaurante? Sin duda eso era imposible incluso en la Tierra. Tenía que haber malinterpretado sus palabras.

—¿Qué hay de Novalis? —siguió preguntando ella—. ¿Fue también una misión suicida?

Arkady se quedó helado. Se obligó a sí mismo a esperar un latido antes de mirarla a los ojos. Aquella era la primera vez que alguien decía el nombre del planeta.

Y oír ese nombre tan familiar en los labios de Osnat le recordó bruscamente que ella trabajaba para Moshe.

—Bien —dijo Osnat tras un silencio tan largo, que Arkady sintió un escalofrío—. Solo era una pregunta.

—¿Cómo va a conseguir Moshe que atraviese el Embargo tecnológico de la ONU?

—No lo sé. De eso se ocupan los americanos. Nosotros no queríamos meterlos en esto, pero en la Tierra no queda nadie tan loco como para saltarse directamente el reglamento de la Secretaría de la ONU.

¡América! Solo el nombre bastaba para que Arkady contuviera el aliento. La tierra en la cual Audubon había visto volar por última vez a las legendarias palomas migratorias. La tierra por la que había paseado Tocqueville y cuyos bosques vírgenes eran tan densos que los robles muertos colgaban de las ramas de los árboles de los alrededores y se desmenuzaban hasta convertirse en polvo sin llegar a tocar siquiera el suelo. La tierra que había engendrado a los grandes mirmeecólogos del siglo xx, desde Wheeler y Wilson hasta Schnierla, Pratt y Gordon. El país cuyos científicos habían dado los primeros pasos vacilantes hacia la teoría moderna de la terraformación... mientras los engranajes de la industria se cargaban la frágil red que hacía posible la continuación de la vida del hombre en el planeta.

—Tranquilo —añadió Osnat con tono confiado, malinterpretando la expresión de aturdimiento de Arkady—. No vamos a meternos en la boca del lobo. Aunque no puedo prometerte que no vayamos a tropezarnos con una chusma de fanáticos religiosos dispuestos a despedazarte, pero te aseguro que no es el plan A.

—¿Religiosos fanáticos? ¿En América?

Osnat le dirigió una mirada inquisitiva.

—Pero ¿tú qué sabes en realidad de la Tierra, Arkady?

—Eh... sé mucho de hormigas.

—Genial. Bueno, pues no se lo digas a nadie. Y con eso de nadie me refiero en particular a los americanos y a los interpredicadores, lo cual es fácil porque básicamente son los mismos. Y ya que te estoy dando un consejo gratis, ahí va otro: más vale que te retractes en el asunto de Absalom. Sigue soltando ese nombre por ahí, y ya verás como cabreas tanto a Moshe que al final decide que ni por toda la información de Inteligencia del mundo le merece la pena el agravio.

—¿Por qué?

El ojo bueno de Osnat se quedó fijo sobre Arkady con una expresión de incredulidad.

—Ni siquiera sabes quién es Absalom, ¿verdad? —dijo ella al fin—. Para ti no es más que un nombre. Korchow no te ha dado ni una sola pista de dónde te estabas metiendo. ¡Es jodidamente imperdonable!

Arkady no respondió. Tras otros instantes extremadamente incómodos para él durante los cuales no dejó de mirarlo, ella musitó:

—¡Igual que un maldito corderito al que llevan al matadero!

Acto seguido salió de la habitación.

Lo primero que hizo Arkady nada más marcharse Osnat fue cruzar la habitación para examinar la manta de lana. Era cálida al tacto, como si recordara todavía el calor del animal del que provenía. Pasó la mano por su superficie áspera y acarició los pelos. ¿O se decía el pelo? Le pinchaban la palma de la mano.

Se dirigió al lavabo y se sirvió un vaso de agua. Sabía rancia, como si la nave cisterna hubiera salido maltrecha después de un tedioso y extenso pasar del tiempo, y llevara retraso en el fregado de los tanques. Además, tenía un toque a sal y a cobre que al final resultó ser el sabor de su sangre.

Se lavó la cara y se apretó los dientes hasta estar seguro de que no tenía ninguno suelto. No le extrañó. Moshe le había pegado con tal pericia que incluso en medio del dolor Arkady había experimentado la sensación perversa de estar a salvo. El instinto le susurraba que si se hubiera dado por vencido y se hubiera quedado muy quieto, no le habría pasado nada malo en absoluto. Puede que ese fuera el propósito real de la paliza. Y si era así, Moshe había logrado su objetivo a la perfección.

Arkady se inclinó sobre el lavabo y examinó el rostro reflejado en el espejo que lo miraba. No se había afeitado desde que había llegado al espacio de la ONU y la sombra negra de la barba invadía los ángulos y los huecos de su rostro escuálido y fino a causa de la gravedad. Le hacía parecer hambriento y frágil..., y desconcertantemente parecido a Arkasha.

Se tapó la nariz rota, se cubrió la mejilla con la palma de la mano y examinó los fragmentos de rostro que todavía podía identificar tras el trabajo con el martillo de Korchow. Quedaban los ojos oscuros, muy parecidos a los de Arkasha; los rasgos delicados típicos de un rostro eslavo; la tez pálida, igual que la de Arkasha.

Y la boca ligeramente indecisa y vacilante que jamás se había parecido a la de Arkasha, ni siquiera antes de Novalis.

Arqueó el labio superior y esbozó una media sonrisa burlona, tal y como hacía Arkasha siempre en primer lugar como mecanismo de defensa, dando rienda suelta al espejismo que lo mantenía en pie día a día. El truco para que funcionara consistía en no pedir demasiado. No podía imaginarse a Arkasha en sus brazos. Eso evidentemente era imposible. Pero podía rememorar todos los recuerdos atesorados de su compañero: todos los movimientos y todos los instantes transcurridos a los que él no había prestado la suficiente atención. La curva concentrada de la espalda de Arkasha al inclinarse sobre el microscopio de empalme. Las manos de huesos delicados, nerviosas cuando estaban ociosas pero precisas y elegantes al pasar las páginas de un libro, al iniciar un muestreo o al cederle el microscopio de empalme. La combinación vivaz de fuerza y fragilidad, digna de una devoción que Arkady jamás se había creído capaz de sentir. A veces lograba convencerse de que el rostro que lo miraba desde el espejo era real y de que Arkasha estaba a salvo. Muy lejos, quizá demasiado lejos como para concebir la esperanza de volver a verlo, pero vivo y perfectamente a salvo, y lo que era más importante aun; feliz. Eso no era demasiado pedir; eso podía imaginarlo. Y de ese modo era capaz de dormir. De ese modo todo era posible.

Arkady suspiró y dejó caer la mano. Cruzó la habitación hasta la cama estrecha, se metió bajo la escalofriante manta y le susurró a la luz que se apagara.

No ocurrió nada.

Se levantó y rodeó la habitación para buscar un interruptor manual, pero no había ninguno. Se acercó a la puerta de un modo completamente reflejo con la intención de abrirla y buscar el interruptor fuera.

Pero no se abrió.

Se puso nervioso, tiró de la puerta, la golpeó con el hombro y sintió que el pánico comenzaba a apoderarse de él.

Y entonces comprendió.

Le habían hecho lo que nunca antes en toda su vida le habían hecho. Algo para lo que ni siquiera existía una palabra en el inglés estándar del sindicato. Algo de lo que él no había oído hablar jamás excepto en las historias más aterradoras acerca de la crueldad humana. Lo habían encerrado.

Se apartó de la puerta.

Le dolían los dedos de tanto girar el rígido picaporte de metal. Jadeaba como un animal pero hizo un esfuerzo consciente por apaciguar la respiración. ¿Era Osnat quien lo había encerrado? ¿Se encerraban los humanos los unos a los otros, o solo a los constructos? Y si era así, ¿por qué no se lo había advertido Korchow?

Arkasha sin duda lo habría adivinado, pensó por enésima vez casi sin darse cuenta. Arkasha, con su fascinación insaciable por los seres humanos. Arkasha con sus libros de historia, su filosofía política y su literatura antigua. Probablemente Arkasha hasta habría encontrado una explicación extravagante que diera sentido a un crimen semejante.

Pero entonces ¿por qué estoy yo aquí en tu lugar, Arkasha? ¿Y qué te ha hecho a ti Korchow?

Se echó la manta por los hombros y caminó de un lado a otro a propósito para cansarse, pero la mera idea de que la puerta estaba cerrada le revolvía las entrañas. Intentó abrirla otra vez pero en esa ocasión de un modo sistemático, con la esperanza de que su fallo se debiera solo al hecho de no haber comprendido correctamente el mecanismo de apertura. Pero no. Efectivamente estaba cerrada.

Finalmente, una vez hubo asimilado que no tenía otra opción, hizo lo que tenía que haber hecho desde el principio: se sentó en el suelo y observó las hormigas.

Habría, quizá, unas trescientas. Salían de una rendija estrecha entre la pared y la rejilla de la cubierta del suelo, una rendija que resquebrajaba la cubierta a la manera clásica de las ramas de árbol que forman huecos en forma de fractales: el caso típico de la colonia de hormigas dedicada a la colonización. Desaparecían por otra grieta justo enfrente, tan poco visible y tan impenetrable como la primera. Formaban un río, una corriente viva de cajas torácicas que brillaban igual que el aceite derramado bajo el reflejo de la luz enfermiza de la nave. No debían estar ahí. Constituían una peste. Nadie en ningún momento había pretendido llevarlas al espacio. Y sin embargo ahí estaban, brotando de los intestinos de la nave como la sangre de una herida abierta: la pobre Tierra devastada clamaba venganza a través de aquellos seres, los soldados de a pie más diminutos de los que disponía.

Arkady hundió un dedo en el río de hormigas y dejó que una pequeña parte de aquellas trabajadoras pulularan por su mano para echarles un vistazo más de cerca.

Sintió un leve picor cuando una de ellas le dio un mordisco a modo de prueba. Sopló para quitárselas; sacudírselas de la mano podía romperles las piernas y las antenas, que eran muy delicadas, y él jamás les hacía daño si podía evitarlo. Se restregó pensativo el mordisco y se esforzó por concentrarse en la cuestión que había estado obsesionándolo desde su primer encuentro con Andrej Korchow.

¿Por qué él? ¿Qué lo hacía diferente de los otros miles de Arkadys de la media docena de estaciones orbitales y de las colonias de superficie del sindicato? ¿Por qué Korchow había extendido su oferta milagrosa de clemencia a Arkady y Arkasha? Arkady se había pasado la vida estudiando los ecosistemas y las biosferas: confeccionando mapas de la complicada red de ciclos entrelazados de energía que dirigían el metabolismo de un planeta vivo. Era natural que aplicara esos conocimientos a la situación en la que se encontraba. Pero todos sus intentos por construir una imagen coherente de Novalis y de lo sucedido después habían fallado de una forma alarmante. Fuera cual fuera la confianza que había depositado en su propia capacidad para captar las estructuras subyacentes de su vida, se había desvanecido ante la jungla impenetrable de Novalis.

Volvió al lavabo, se sirvió otro vaso de agua y se entretuvo salpicando el camino de las hormigas. Unas pocas recolectoras solitarias reaccionaron; hundieron las pinzas en el agua derramada y marcharon de vuelta hacia sus compañeras con las gotas minúsculas relucientes entre las pinzas levantadas como si se tratara de diamantes encastrados en ámbar. Pero la corriente principal siguió adelante, firmemente dominada por la feromona que, como colonia, las incitaba a la colonización por encima incluso de sus propias necesidades básicas.

Arkady siguió intentándolo durante un rato. Lamentaba no tener allí su equipo de recolección. Buscó la caja torácica más alargada, característica reveladora de la reina ambulante, y trató de recordar si las hormigas faraonas se llevaban a las reinas que sobraban consigo o las secuestraban y asesinaban.

Finalmente se quedó sentado, entumecido de cansancio, observando cómo las hormigas pasaban de un agujero negro al otro en pos de la idea voluble que llamamos hogar.

Arkady se despertó sobresaltado, consciente de que no estaba solo a pesar de no saber cómo era posible que supiera algo así.

Se giró en la cama y vio a Moshe sentado en la silla que tenía al lado, bañado por la luz refractada procedente de los colectores solares de la nave cisterna.

—Tenemos que hablar —afirmó Moshe.

Arkady se sentó y tiró de la sábana para cubrir su desnudez.

—¿Qué hora es?

—Pronto. O tarde, depende de cómo prefieras mirarlo. Aunque supongo que la gente que crece en el espacio no siente ningún malestar por el retraso con respecto al horario de la estación. Si quieres vestirte, adelante.

Arkady se levantó y se vistió. Moshe lo siguió con la vista por toda la habitación.

—¿Puedo utilizar el baño?

—Nadie va a detenerte.

Arkady entró en el baño, cerró la puerta, se sonó la nariz y volvió a salir.

Moshe seguía sentado en la silla, pero alguien había encendido las luces.

—Siéntate —le ordenó Moshe, haciéndole un gesto en dirección a la cama.

La cama que a la hora de intentar dormir le había parecido dura, en ese momento se le hizo demasiado blanda. No podía sentarse recto. Resultaba vergonzoso en cierto sentido estar tirado sobre las ruinas desordenadas de las sábanas mientras Moshe permanecía impecablemente recto, como un soldado de juguete.

—Según parece, mis superiores se han arrepentido, Arkady. Prefieren que sea yo quien decida si hacerte pasar por el Embargo o devolvarte al estanque para que te pesque el primer tiburón que pase. En otras palabras: que han decidido que sea mi culo el que reciba la patada por tomar una decisión por la que ellos cobran. ¿En los sindicatos también se asciende a los incompetentes aprovechados? ¿O vuestra gente ha evolucionado más allá de ese tipo de cosas?

—Eh... todavía no.

—Bueno, eso debería hacerme sentir mejor —continuó Moshe, ladeando la cabeza como si sopesara sus sentimientos—. Pero no, no me siento mejor. Por cierto, Arkady, estamos en la corriente de espines. ¿Supone eso un problema para ti?

—¿Cambiaría algo si dijera que sí?

—No. Pero me ha parecido oportuno preguntar. Mi madre me enseñó a ser una persona educada. Sabes lo que es una madre, ¿verdad?

—He visto perros con cachorros —contestó Arkady, vacilante.

Moshe le dirigió una mirada dura y antipática.

—Novalis —añadió tras unos instantes—. Empieza por el principio. Cuéntamelo todo. Háblame de la misión de estudio. Háblame de ese genio, Arkasha, y de su descubrimiento tan brillante. Porque eso es lo que pretendes venderme, ¿no es cierto? Un tipo de arma genética que descubrió ese tal Arkasha, ¿no?

—No es un arma. Es un antídoto.

Moshe bufó.

—Si crees que hay alguna diferencia entre los dos, entonces es que has malinterpretado profundamente los últimos quinientos años de historia de la humanidad.

Arkady parpadeó y se aclaró la garganta. Intuía que la conversación sería peligrosa. Una cosa eran los conocimientos técnicos, pero cuando se trataba de leer entre líneas, Moshe captaba demasiado bien sus gestos como para perderse en debates ideológicos de brocha gorda.

—No fue Arkasha quien lo descubrió. Ya te lo he dicho. Lo insertó la ONU y trató de utilizarlo contra nosotros, violando las disposiciones del Tratado. Arkasha solo aisló una muestra. Y yo estoy dispuesto a dártela.

—¿A cambio de qué? Y no me cuentes esa historia tan bonita de la diversidad genética.

—A cambio de la seguridad de Arkasha.

—Sigue hablando —dijo Moshe con rostro impasible—. Te escucho.

Arkady trató de serenarse y de recomponer mentalmente los trozos de historia tal y como Korchow le había dicho que la contara. Pero era como tratar de darle forma al agua. Y no sería Korchow quien haría frente a Moshe si lo pillaban en una mentira.

—Novalis no fue solo una misión de estudio —comenzó Arkady a tientas—. Fue más bien una misión de estudio y de terraformación al mismo tiempo. Se eligió Novalis a partir de las lecturas de una sonda telemétrica no tripulada. Buscábamos lo que busca todo el mundo: los comienzos de una terraformación, abandonados tras la era de la Evacuación. Naturalmente, lo mejor es encontrar una rama desnuda, una colonia deshabitada, pero las biosferas sintéticas son engañosas. Siempre cabe la posibilidad de que aquello que mató a los colonizadores originales esté todavía allí y se deshaga de ti.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de que se deshaga de ti? —lo interrumpió Moshe—. ¿Te refieres por ejemplo a los... depredadores?

—Eh... no —contestó Arkady. ¿Era una broma?—. Me refería más bien al moho. El caso es que... lo que hicimos no fue tan distinto de lo que hicieron los terraformadores de la ONU. Solo que nosotros lo hicimos con un equipo más pequeño.

Y también con un margen de seguridad más pequeño. Pero no había razón para contarle eso a Moshe. Dios sabía qué haría él con esa información. Probablemente presentaría un informe explicando que los sindicatos estaban tan desesperados que arrojaban a los terraformadores y los abandonaban a su suerte, como si se tratara de hormigas soldado.

—A vosotros lo de terraformar siempre se os ha dado mil veces mejor que a los humanos —saltó Moshe.

—Bueno, la mitad de los planetas de la Periferia estaban terraformados por constructos propiedad de las corporaciones multiplanetarias. Y otros cuantos se pasaron a nuestro lado durante la Ruptura. Tenemos mucha experiencia. Y no tenemos el bagaje evolutivo de los humanos. No intentamos tratar las biosferas sintéticas como si fueran la Tierra antes del colapso ecológico. Moldeamos por entero todo nuestro organismo social para responder a las realidades ecofísicas de las condiciones posterrestres...

—Vale —lo interrumpió Moshe—. Comencemos por el número de miembros del equipo. ¿Cuántos erais?

—Diez.

—¿Todos del mismo sindicato?

—Dos de Aziz. Dos B de Motai. También dos banerjés y nosotros cuatro de Rostov.

—¿Por qué cuatro miembros de Rostov? ¿Era Rostov quien dirigía la misión?

—No estoy seguro de comprender...

—Te pregunto si Rostov disponía de veto o de algún tipo de prerrogativa en la toma de decisiones críticas para la misión.

—No —contestó Arkady con una mueca—. Pero los A de Aziz sí.

Ese había sido el primer error fatal que el comité conjunto de dirección les había impuesto.

—¿Y qué retraso hay en las comunicaciones entre Novalis y la estación Bose-Einstein más próxima?

Arkady dirigió la vista hacia Moshe con la idea de mentir, pero decidió que no merecía la pena.

—Seiscientos doce días si das con la ventana de lanzamiento de trayectoria más corta.

—Lo cual significa que la estación BE tenía que estar a... veamos, ¿en algún lugar más allá de la estrella Kurzet? Tranquilo —se apresuró a añadir Moshe en respuesta a la mirada aterrada de Arkady—. Estoy convencido de que es un dato muy interesante para la ONUSec, pero no tenemos por qué contárselo. De hecho, no vamos a contarles una mierda a menos que confíen primero en nosotros. De todos modos yo creía que los sindicatos apuntaban más alto ahí fuera.

—Las estaciones Bose-Einstein son caras. Y el tipo de gente dispuesta a vendérselas a los sindicatos exige el pago en metálico.

—Creía que vosotros, los clones, estabais haciendo dinero fácil desde que comenzó la paz.

—No tanto como para comprar una estación BE.

Moshe reconoció que era cierto con un asentimiento triste, lo cual le hizo comprender a Arkady que la pobreza en materia tecnológica también debía de ser el pan nuestro de cada día en la vida de la Tierra, exactamente igual que en el sindicato.

—Así que en realidad erais exploradores como los de antaño, ¿eh? Solos e incommunicados en el abismo, sin nadie para responder al otro lado de la línea de comm más que los fantasmas desaparecidos dos años antes. ¿Y qué se suponía que tenías que hacer si os encontrabais con un problema en tiempo real?

—Teníamos una unidad táctica congelada a la que podíamos despertar. Si hacía falta.

—¿Ibais a mantenerlos congelados tres años, aparte del tiempo que dura el viaje? ¿Es que vuestra gente no ha oído hablar de las prácticas justas de trabajo?

Arkady supuso que se trataba de una broma, así que sonrió.

—Bueno, en serio. ¿Por qué no los descongelasteis en cuanto las cosas se pusieron feas?

Arkady reprimió un estremecimiento y contestó:

—Está claro que jamás has conocido a un táctico.

—¿Los Ahmeds no son tácticos?

—Los Ahmeds son A. Son militares, sí, pero no tácticos.

Ni de cerca. Y el hecho de que Moshe pudiera confundir ambos términos le pareció de pronto un signo revelador de la falta absoluta de esperanza para llegar algún día a un entendimiento con los humanos.

Moshe debió de notar la consternación de Arkady, porque retrocedió repentinamente. Al volver a hablar, su voz sonó de lo más natural, casi como la de un compañero.

—¿Te importa si te hago una pregunta personal? En realidad es una tontería, pero digamos que siento curiosidad.

—Está bien —accedió Arkady con cierta cautela, recordando cómo se le habían revuelto las tripas la última vez que había fallado al darle una de esas respuestas insignificantes.

—¿Por qué Korchow es tan feo? Quiero decir, para los cánones del sindicato. Porque para los humanos tiene un aspecto perfectamente normal.

—Es mono —intervino Osnat, arrastrando las sílabas.

Arkady prácticamente dio un salto del susto. ¿Cuándo había entrado ella? ¿Y cómo, en el nombre de Dios, había entrado sin que él la viera?

Parecía como si Osnat acabara de despertarse. Se había quitado la ropa de civil y se había puesto una camiseta descolorida pero cuidadosamente planchada, el pantalón de faena del monótono color del desierto y unas botas de paracaidista de piel marrón. Las botas tenían los tacones muy desgastados, pero lucían ese lustre cristalino que solo se logra con años de escupitajos y cera, tras pasar revista. Llevaba la manga corta de la camiseta remangada por encima del bíceps, dejando al descubierto un tatuaje en el brazo que Arkady no había visto antes: un tigre volador que enseñaba los colmillos y las zarpas, con las largas alas de un águila.

—Los A de Knowles están hechos para parecer humanos —explicó Arkady, hablándoles a los dos—. Eso hace su trabajo más fácil.

—Pero tiene que hacerles la vida más difícil allá en casa.

—No. Ellos... tienen el aspecto que tienen que tener. Un constructo de Knowles con otro aspecto sería una desviación de la norma.

Moshe se echó a reír.

—¿Y tú, Arkady? ¿Según qué norma estás hecho? Tú eres el niño bonito. Osnat no hace más que mirarte con ojitos de carnero degollado desde que te hizo entrar

por la cámara de aislamiento. ¿Arkasha también era un niño bonito como tú, o era una desviación?

—¿Arkasha no es ninguna desviación!

—¿Entonces cómo es que Korchow lo arrojó a la sala de eutanasia? Fue porque trató de desertar como tú, ¿no? Las cosas claras, Arkady, los únicos constructos del sindicato que desertan al espacio de la ONU son los espías, los pervertidos y los desviados. ¿Cuál de ellos es Arkasha? ¿Y cuál eres tú?

Pero Arkady no pudo responder. La primera frase de Moshe lo había herido de tal modo que fue incapaz de comprender el resto. Estaba dolido en exceso, en carne viva.

—¿Quién te ha dicho...? ¿Cómo sabes que Arkasha está en un centro de re-normalización?

—Vamos, Arkady. Sabes que eso no puedo decírtelo.

—Entonces dime al menos desde cuándo conoces esa información. Eso sí puedes decírmelo, ¿no?

—Nuestras últimas noticias de tu lado de la Línea son de hace un mes más o menos.

—Entonces tenemos que darnos prisa —dijo Arkady con premura—. Tenéis que decidirlo ya.

—¿Por qué? Arkasha no tiene ninguna cita con fecha fija con el verdugo. Lo único que tiene que hacer es comportarse con normalidad, lo dejarán salir. Y además, aunque se sintiera incapaz... bueno, ¿es que no os acordáis de ese poeta famoso?, ¿cómo se llamaba? La gente puede pasarse años en una sala de eutanasia.

—Arkasha no.

—¿Por qué no?

—Porque me dijo que si alguna vez volvían a mandarlo a renormalizar se suicidaría.

Moshe esbozó una expresión escéptica.

—¿Qué oportuno! Yo me planto, así que entonces tú te sacas un suicidio potencial de la manga para asegurarte de que me trago el anzuelo y no dar me tiempo a examinar el asunto. Buen trabajo... para ser un aficionado.

—¿No me lo estoy inventando! Ni tampoco me han enviado aquí, si es eso lo que estás sugiriendo.

—No hagas juegos de palabras conmigo, Arkady. Vosotros no necesitáis que os envíen órdenes para entregar la vida. Por eso es por lo que sois el siguiente peldaño en la escalera de la evolución, ¿no es cierto? Por eso vais a borraros del mapa, para crear un mundo nuevo y feliz sin humanos.

—Nosotros no queremos borraros del mapa —susurró Arkady—. Solo queremos que nos dejéis en paz.

Moshe se puso en pie, rodeó la habitación, se dirigió a la portilla y se quedó mirando la noche plateada y cerrada.

—¿Has luchado alguna vez en la guerra, Arkady?

No hacía falta especificar en qué guerra. La oposición entre la ONU y los sindicatos había amainado hasta transformarse en un enfrentamiento letal a punto de

estallar que seguía siendo el eje alrededor del cual giraban el resto de los conflictos. Incluso los conflictos sobre la Tierra, retrasada y solitaria.

—Era demasiado joven.

—¿Demasiado joven para recordarlo, o demasiado joven para luchar?

Imágenes de guarderías quemadas. Imágenes del que una vez fuera el vibrante anillo del sindicato Zhang, lanzado al vacío extremo. Imágenes de estrellas fugaces que eran en realidad naves y pilotos moribundos... pero, ¡oh, no se lo digas a los niños!

—Demasiado joven para luchar —dijo Arkady al fin.

Arkady tenía seis años cuando empezaron los bombardeos. El enfrentamiento armado oficial entre el ejército de la ONU y el de los sindicatos había sido más sanguinario de lo que nadie en la era del espacio podía imaginar, pero lo peor de todo habían sido los Motines. La población posthumana a lo largo de la Periferia se había rebelado; bien porque apoyaba la Ruptura, bien porque las Fuerzas de Paz de la ONU redujeron en número su omnipresencia y vieron la oportunidad de apostar por su independencia. La ONU había respondido con más violencia: las Fuerzas de Paz habían disparado a la multitud de manifestantes en ocho de las quince bases administrativas. Los tiroteos habían provocado disturbios a lo largo de toda la Periferia, que a su vez habían obligado a la ONU a luchar en dos frentes... Una guerra que mucha gente había acabado por ver no como un conflicto político, sino como una lucha a muerte entre dos especies por la posesión del mismo nicho ecológico.

Arkady alzó la vista hacia Moshe y captó la expresión resuelta e inteligente de su rostro, el cuerpo delgado y sin embargo fuerte.

—¿Luchaste tú en la guerra de la independencia?

—Si vas a hablar de ese tema con los humanos, puede que sea mejor que la llames de otro modo. Pero no, no luché. A los terrícolas no nos llaman a filas para las misiones de pacificación fuera de la Tierra —explicó Moshe, que volvió a sentarse inclinado hacia delante y se quedó mirando a Arkady—. Pero vi la guerra en las noticias de los espines. Luchasteis como hormigas. Moríais sin parar hasta que los soldados de las Fuerzas de Paz sufrían crisis nerviosas por tener que disparar a tanta gente. ¿Con qué os amenazaban vuestros oficiales para obligaros a luchar así?

—Nosotros no tenemos oficiales.

—Entonces, ¿de qué teníais miedo? La gente solo lucha así cuando se enfrenta a algo que le asusta más que la muerte.

Posteriormente Arkady vería aquel instante como un momento crítico. En las ocasiones anteriores, aunque a duras penas, Arkady se las había arreglado para mantener a Moshe en estado de alerta, tratando de averiguar sus intenciones. A partir de ese momento, tanto Moshe como Osnat supieron instintivamente quién era él en realidad... aunque dar con el concepto exacto para definirlo les costara unas cuantas vueltas a la cabeza.

—Hay algunas cosas que son más fuertes que el miedo —susurró Arkady.

—Dime una.

Arkady vaciló, plenamente consciente de la mirada de Osnat clavada en su espalda. Podía haber elegido miles de palabras distintas con las cuales habría permanecido a salvo. «Deber.» «Honor.» «Lealtad genética.» «Donación genética.» De haberse aferrado a alguno de aquellos conceptos abstractos, habría seguido adelante con la mentira. Habría seguido siendo el recipiente vacío que Korchow quería que fuera: un recipiente en el cual Moshe podía echar sus propias creencias y deseos sin tocar siquiera jamás la auténtica verdad de lo sucedido en Novalis.

En lugar de ello, Arkady pronunció la última palabra que quedaba en su cráneo, absolutamente vacío:

—Amor.